

GOYCOECHEA MENÉNDEZ

(LUCIO STELLA)



Poemas Helénicos



CÓRDOBA

(República Argentina)

R. BRUNO Y C.^a — EDITORES

—
1899

GOYCOECHEA MENÉNDEZ
(LUCIO STELLA)



Poemas Helénicos



CÓRDOBA

(República Argentina)

R. BRUNO Y C.^a — EDITORES

1899

A Eugenio Díaz Romero
en cuya individualidad
concentro ahumadas las
excelencias de la caballe
rosidad y la seducción
del talento.

Afectuosamente de
Goycaeché Ibarrondo

2. May - 99.

Poemas Helénicos

AL SEÑOR

INDALECIO S. FIGUEROA

.

ORFEO

.

,

.



Campo de Maratón. En el Oriente, un perfil de montañas azuladas. El cielo va vistiéndose de nubes, y de vez en cuando, el relámpago lanza su javalina cantante por el horizonte. Una columna, elevándose con sutilez aérea, sostiene un trofeo. Más abajo una épica leyenda. En el friso, un relieve muestra á Cinegiros sepultando su gloria bajo la lápida de las olas. Hay girones de estandartes agitándose al viento. Sobre la tumba de los caídos se amontonan los escudos formando dólmenes gigantescos bruñidos en bronce y en hierro. Orfeo surge en el seno de un lirio. Tras de él viene una gran escolta de palmeras y de ruiseñores.

ORFEO

El rayo truena entre el velo de la nube. La tempestad está próxima. Muy en breve, la lluvia desatará su cendal de gotas, que vendrán á

confundirse con las lágrimas con que las madres regaron este suelo. El eco de los truenos no es más imponente que sus sollozos!

LOS RUISEÑORES

Nosotros, en los trinos, cantamos sus dolores

LAS PALMERAS

Nosotras en la noche rimamos sus clamores.

ORFEO

Pero las lágrimas de las madres son el óleo de la gloria. Cuando ellas caen sobre el tumulto, se estremecen las corazas bajo el manto de la tierra y el corazón hecho polvo de los que yacen, reflorece. En el Sunion, una mujer, al estampar un beso en la boca de su hijo, le dió el hálito de la vida. Sobre el rostro de un muerto que sonreía he visto una constelación de gotas enrojeciéndose á la Aurora.

LAS PALMERAS

Nosotras los caídos cubrimos con un manto.

LOS RUISEÑORES

Nosotros sus proezas decimos en un canto.

ORFEO

Los laureles abren sus tirsos opulentos. So-

bre la tierra húmeda brotan las margaritas. Y ellas forman el sudario que cubre á los que con el músculo encadenaron la Victoria. Aquí Aristides quebró su espada sobre el escudo del Polemarca; allí cien ciudadanos murieron aplastados por las ruedas de los carros. Sus cien esposas tendieron sobre ellos sus velos y se hirieron en los pechos, para dormir junto á sus cenizas el sueño de una eterna noche nupcial.

LOS RUISEÑORES

Las vimos desflorando el seno nacarino.

LAS PALMERAS

Y bajo nuestros gajos cumplieron su destino.

ORFEO

En el mármol de la columna está grabada la leyenda de la batalla, grata á los Dioses. Allí, dice que los vencidos huyeron con la noche del espanto en el alma; aquí, cuenta que Milciades encadenó los Tetrarcas á las ruedas de su carro. La púrpura de sus mantos tomó el color del fango y sus miembros se quebraron en crujimientos horribles.

LOS RUISEÑORES

Los grajos celebraron festín de sus despojos

LAS PALMERAS

La hiel de la derrota brotaba de sus ojos.

ORFEO

Las barbas imponentes de los viejos guerreros brillaron en el combate teñidas en púrpura. Sus corazas estaban rojas como sus rostros, como sus ojos. Los que vivieron cuentan que murieron entonando el himno de la patria, con la voz extraña de los que muertos no mueren.

LOS RUISEÑORES

Oímos sus palabras vibrando en la agonía

LAS PALMERAS

El eco las repite en vaga melodía.

ORFEO

En la hora en que los luceros miran tímidamente desde el obscuro azul, sus sombras renuevan la batalla y se oyen relinchos y gemidos, voceos y tropeles.

LAS PALMERAS

Agítanse las lanzas y brillan las espadas

LOS RUISEÑORES

Y cruza la saeta silbando, envenenada

ORFEO :

El relámpago dispersa las auras. Entre la sombra de la tempestad, la batalla va á renovarse. Los carros del Polemarca ya se perciben claramente. Aristides va en su contra, descendiendo á toda carrera de la altura. Los corazones de los espectros se entreabren en las purpurinas flores de la Muerte.

LOS RUISEÑORES

Y luce real emblema pendiente de la lanza

LAS PALMERAS

Estallan cien mil labios en gritos de ven-
[ganza.

ORFEO

El viejo Trueno ruge fieramente. Mi cabellera se revuelca entre el viento, y mi lira tiene sus cuerdas cubiertas de gotas. Voime á adorar á Afrodita en el seno de una estrella.

LOS RUISEÑORES

Se chocan los escudos y brillan las espadas,
Y rojas se entreabren las carnes laceradas.

LAS PALMERAS

Y el rayo se desata en un turbión candente
Que rasga nuestros gajos y hiere nuestra
[frente,

LOS RUISEÑORES

Y nuestras voces callan las frases de ternura

ORFEO (*desde una constelación*)

La sombra es de la tierra; la luz es de la al-
[tura.



SAFO

.



El mar Egeo al caer la tarde. La ola se corona de burbujas y viste de tules sutiles la planta de granito de los acantilados. Un Tritón juega en las crestas vaporosas haciendo sonar vagamente su caracol rosado. A lo lejos, un viejo bosque de venerables encinas poblado de ruisñores. El verde obscuro del follaje toma tonos de zafir al beso de luz del Sol poniente. Dos mariposas celebran los fastos de Himeneo en el palacio de pétalos de una azucena. En la playa, Safo extiende su cabellera sobre el manto imperial de la arena. Sus labios se abren pálidos para dar paso al raudal de una canción, y sus ojos contemplan la magestad de la media luna que, como la curva de un rizo blanco, surge en el Oriente entre bambalinas de nubes nacaradas.

Y Safo canta:

La suprema armonía está en el cuerpo. Hay más belleza en el músculo que se recoge sobre el brazo, que en las caricias de púrpura

que prodigan á la pupila las perfumadas rosas de Corinto.

Hay mayor magestad en el paso del núbil que en las frondas obscuras busca á Diana para aspirar el perfume de su virginidad; que en la marcha llena de pompa del sacerdote seguido por la escolta de vírgenes vestales, cuyos ojos no se abrirán jamás ante las pomas olímpicas de Venus Citerea.

Hay mayor belleza en el torso del amante que se revuelca en el lecho cuando desata las bridas de su pasión; que en la curva del cuerpo de la náyade que surge en las linfas ignoradas coronada de pámpanos y de gotas de rocío, que brillan como luceros engarzados en la noche de seda de sus cabellos.

Hay mayor luz en la pupila del esposo que ya ha derramado la mirra en el altar de los dioses lares; que en el irradiar de la estrella, que busca con sus ojos de plata entre los cielos, la sombra de un amante nunca visto.

Hay mayor bravura en el sátiro que amarra entre cadenas de césped á una ninfa, para hundir sus manos velludas entre las blandas ampollas de marfil de oriente; que en el gesto de las iras entre el trueno de las peleas.

Hay mayor dulzura en el labio que besa el cuello de la vestal, cuando olvidando el fuego sagrado corre á escuchar un ritmo de amor bajo el palio de los cedros musculosos como muslos de titanes enclavados; que en la miel que entre cofres de cera guardan las abejas

bajo los relieves musgosos de algún templo abandonado.

Hasta la vejez es bella cuando ama. Las carnes viejas, corroidas por los años y por los holocaustos de las noches nupciales, reflorecen cuando se acercan á la flor de carne, que surgiendo del capullo, recién sonríe en el jardín de la juventud. Las barbas venerables brillan con fulgores de nieve que se liquida bajo la caricia de la llama, y las pieles rugosas adquieren la suavidad albisina de las alas de las palomas.

El Amor es el todo y el Deseo es el hijo del Amor.

El Deseo es la suprema vibración del alma, el postrer acorde de la lira del corazón.

Quien no ha deseado, no ha amado. Quien no ha soñado en un cuerpo de durezas incitantes, donde el músculo semeje cordilleras; en un torso soberbio de dureza de roca; en unos labios ásperos, pero rojos como los torrentes de vida que se escapan del cuello de la víctima en la hora del sacrificio, no ha levantado aún su cabeza á la luz de las supremas delicias.

Cuando se desea, el cuerpo todo vibra en cadencias ignotas, la carne se agita en estremecimientos febriles, y dentro del alma la pasión tañe su instrumento de mil cuerdas, un instrumento forjado con rosas y con rayos de cometas.

El ensueño abre su pabellón de celajes y de

brumas llenando los horizontes del espíritu, y estallan en la noche besos mudos, que al herir las tinieblas hacen brotar chispazos que van á perderse en lo desconocido, entre el seno misterioso de las exhalaciones.

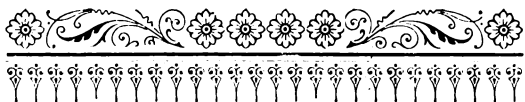
Las pieles tostadas de los guerreros zañudos brillan más refulgentes que la faz broncina de sus escudos; los rostros blanquísimos de los donceles se rodean de auroras nunca vistas, y la palabra arrulla como un acorde producido por el viento en el élictro verde de una palmera.

¡Ah, las carnes bellas de los jóvenes sin mancha! Ésas son duras como el mármol, brillantes como el pórvido, suavísimas como la cabellera de algas de una voluptuosa oceánida!

En aquel instante la frase de una canción llega como una flecha de invisible cuerpo á clavar-se en el plumaje de una ola. Breves ratos después, la playa está desierta y las estrellas se contemplan dulcemente en el cristal ondulante de los mares.



FIDIAS



El Partenón. La Criselefantina alza su cabeza centelleante, entre la pompa del Ocaso. Su rostro se destaca luminoso, bajo los caballos que se encabritan en la visera de su casco. Sus ojos son semilleros de estrellas—á lo lejos asemejan girones de la Vía Láctea. Sobre la cimera, y bajo un penacho de Aurora, la esfinge alada habla al pensamiento. Sus pupilas son ópalos tallados; sus alas se entreabren en vislumbres de rubíes. La Diosa parece un gran astro caído entre una selva de columnatas floreciendo en chapiteles.

Fidias mira á la estatua, con sus ojos levemente entreabiertos. La barba le cae sobre el pecho, como el torso de una nube. Rosas bordadas en hilos argentinos, forman la orla de su manto. A su lado, Calímaco y Paneno. Éste rasga con el labio el velo del silencio.

PANENO

Hermano: la última amazona del escudo tiene ya cincelado su último emblema. Cali-

maco ha labrado los chapiteles en hojas vaporosas de una intacta blancura. El friso centellea en sus relieves. Las guirnaldas que han de perfumar tu triunfo han sido ya tejidas por las vestales de Palas Atenea.

En el Pecile hay un gran rumor de voces que te aclaman, al estampar tu nombre en el granito. Del Ática del Peloponeso, de la Tesalia, se te envía el homenaje del laurel. Tú estás en todos los labios, en todas las almas y en todos los corazones; y sin embargo, en tu rostro pinta su palidez la Tristeza; en tu boca existe el gesto de un supremo dolor; en tus ojos entreabiertos brilla el astro de una lágrima, y vive el Desaliento en toda tu figura ¿Es acaso que te intimida la gloria?

CALÍMACO

¡Habla, maestro!

FIDIAS

El silencio es dulce ante los Dioses, cuando el labio puede producir la palabra del desaliento ó la frase de la injuria. Quiero callarme como Hipodemo. Las flores del mal no deben entreabrirse sobre unos labios que se conservan puros. Deja que oculte el rostro con mi manto. Quiero ahogarme en mis suspiros.

CALÍMACO.

¿Es acaso que no has llegado á donde tú querías, ó que tu obra es pequeña en su grandeza? Quizás el oro es escaso en el ropaje, ó el marfil pálido en las carnes? O la columnata por mí labrada es una injuria á tu creación? Habla, maestro, y ella caerá como un bosque segado por el rayo!

FIDIAS

Las Gracias te prestaron sus manos de espuma para labrarlas; los Dioses te enviaron un cincel olímpico para que hicieras surgir las redondeces immaculadas en la carne del mármol, y tu genio vive en las volutas que se encrespan en los chapiteles; en las cornisas de prodijiosa tersura; en las columnas de esbelteces sumas; en el conjunto que asemeja un gigantesco haz de lirios sosteniendo la fimbria de una nube! Mi dolor es mío, en mí mismo.

Él yace sin lápida dentro del túmulo del corazón!

PANENO

Acaso el zafir que he colocado en el fondo del relieve de las Panateneas, es menos azul que el seno del espacio? Será quizás, que la orla que lo circunda, y en donde dejé caer mi pincel, no tiene la belleza de lo inspirado, ó

que el dorado de los broncees es menos rubio que el Sol?

FIDIAS

Del vientre de mi madre surjistes bajo los gratos auspicios de un oráculo. Llevas germen de grandeza entre las venas. Tu zafir es bello como los ojos de Leda; tu orla es hermosa como el Iris levantando su arco sobre el mundo.

PANENO

Hay en tus palabras la amargura de Arístides; acaso tu espíritu columbra ya las márgenes del Érebo?

FIDIAS

No! Ayer, cuando la Aurora era sólo un matiz en el Oriente, vine à elevar mi espíritu bajo la sombra del templo. Los labios de la Noche, en su agonía, sólo exhalaban mudez. La Diosa en su plinto estaba velada por el crepúsculo rojizo que se elevaba desde los tripodes cercanos. Los caballos del casco se desbocaban en la penumbra, la esfinge de la cimera no hablaba en el callado lenguaje de su sabiduría, sólo los ojos miraban con sus ardientes pupilas, y al oscilar de la llama, la pedrería de que están formados se destacaba en una erupción de cambiantes. Parecían las pupilas de Prometeo hirviendo de ira.

A medida que la luz avanzaba, descubría el torso oculto en la coraza de escamas afiligranadas; las manos finísimas, empuñando el escudo con avasalladora magestad; los labios, donde el gesto es todo á la vez, lo terrible, lo grande, lo magestuoso, lo imponente.

Y cuando quise consagrarla en el sacrificio, ungiéndola con mi sangre, por las venas de mi brazo no corría una sola gota. Y al mirar la Diosa, ví sus pupilas entornadas y sus pechos caídos, como tumbados por la muerte. El fuego de los trípodes habíase apagado, y á los pies de la figura de Pandora yacía mi cincel hecho pedazos. La Impotencia llegaba entonando su cantata en la hora postrera de mi genio!

Fidias, el que esculpe, ha muerto: Ya no hará surgir sobre el grano de Paros las líneas vigorosas de las venus!

CALÍMACO

Maestro, divagas! No oyes ya las trompetas que anuncian tu triunfo entre un gran florecimiento de laureles.....?

FIDIAS

Paneno: coróname de rosas. Voy á asistir á mis propias exequias!



TIRTEO



Un infinito campo de batalla á la luz de la luna. Un manantial rimando tornasoles de rubí, asemeja una ancha y bullente herida abierta en el seno de la Tierra. Un guerrero tiene sobre el pecho un venablo, cuya punta está enclavada en el músculo que se desfoca en fibras. Un escudo roto, muestra un emblema trunco. Una espada tronchada, mira con su punta al cielo. En el confín un águila abre su pendón de plumas. Tirteo, de pie, con la lira de granito entre las manos, canta el himno de los vencidos y la marcha de los vencedores.

Y Tirteo, dice:

No se ha perdido Diana en su palacio azul de Occidente, cuando los campos se cubrieron con la gala de la sangre. No han contemplado las estrellas un sacrificio mayor que éste, ni los ojos del Tiempo han visto un mayor cho-

que que el pasado; ni ha resonado hasta ahora un fragor más intenso, que el causado en la batalla por el chocar de los escudos y el caer de las espadas.

Los venablos cruzaban el aire con silbidos de serpientes acosadas; las flechas pasaban agitando sus alas de mil colores, como agudas mariposas que iban á posarse en la flor del corazón, y el vocerío era tan grande que los luceros amedrentados fueron á ocultarse en la selva azul de lo infinito.

Tres días antes en el templo de Marte, el higado de los corderos holocaustados se presentaba negro como el ala de los cuervos, y un infausto presagio vibraba en el ambiente. Los heroicos escudos resonaban temblorosos sobre el marmol de los muros, y en el templo de Olimpia, la Victoria había dejado caer la corona, y su espada había descripto un círculo en el espacio.

En la noche, sangrientas exhalaciones cruzaban la sombra, y una de ellas dejó un arco trazado de Oriente á Ocaso, que sólo se extinguió cuando el alba asomó su cabellera de pálidas vislumbres sobre la cresta de una nube.

Cuando las falanjes se entremezclaron en el campo, la fiereza de las iras fulguraba en la pupila, y los lábios se entreabrían en los apóstrofes terribles de los supremos rencores. Los cuerpos se juntaban á los cuerpos; los rostros á los rostros; los miembros á los miembros,

y sobre la carne limpia y blanca, surjía velóz como el relámpago una punta de hierro que al desaparecer dejaba un reguero humeante que cubría los pechos en una tibia y voluptuosa caricia.

Todo estaba anunciado por los Dioses!

Los caballos asustados, jadeantes, aplastaban cráneos bajo sus cascos, y unos huían con un dardo clavado en el anca como el asta sin pendón de un lábaro vencido, en tanto que otros miraban con ojos casi humanos á sus dueños; y cuando sus ojos se cerraban, inclinaban lentamente la cabeza para dormir bajo la espesa bóveda de sus crines.

Un joven arquero poseído de la ira de la derrota, se hirió en el cuello y se tumbó sobre el cuerpo de su hermano; y la esposa de un guerrero que lo había seguido al combate, cayó sobre sus despojos como una rosa que agoniza.

¡Fué un gran combate, un hermoso combate en el que corrió la sangre como los mil torrentes de una montaña! Antes de que las huestes se juntaran, se oía el latir de los corazones conmovidos en medio de un inmenso silencio; y cuando todo ha concluido, parecen que hablaran los caídos con sus lábios marchitos, que miraran con sus ojos opacos, que insultaran con sus gestos donde ha quedado enclavada la última expresión de la rabia y del sufrimiento!

Y allá á lo lejos arde la hoguera de los

hijos del triunfo. Los vencedores reciben la corona de manos de sus mujeres, y sus hijos besan sus llagas unguidas por la gloria.

Bello es tener una patria y caer por ella; pero cien veces grande, es tener una patria y triunfar por ella!

Cuando el guerrero cae pronunciando la última oración á sus Dioses lares, mira arder en lontananza el fuego casto y eterno entre las risas de sus hijos; ve á su esposa hilando el lino purísimo á la luz del hogar, y más allá, entre un vuelo de alondras, á su viña con sus mil ubres llenas de la savia divina que da luz al corazón y tornasoles al alma.

Cuando el guerrero triunfa, el deseo de nuevos combates hace vibrar su carne como una hoja de acero; los laureles perfuman las sienas, y la miel endulza el labio amargado por el esfuerzo supremo.

¡Oh, la gloria inmarcesible de las patrias!
¡Oh, el roble soberano de los triunfos!.....



APOLODORO

.



Un pórtico de Mnesicles. Columnatas dóricas sostienen los chapiteles de mil hojas que brillan como blancas flores gigantes. En la cúspide del triángulo del frontis, Nereida teje con sus manos de piedra una corona de ensueños. Más abajo en relieve, las Gracias celebran el nacimiento del Genio. Bajó la sombra del Propileo, Apolodoro traza un torso en una hoja de bronce laminada bajo los soles africanos. Una doncella á su lado, muestra ante los ojos de la Primavera, los botones de su pecho, que empollan recién sus pétalos purpúreos, al calor de los castos deseos.

LA DONCELLA

Maestro: Píntame como á Venus brotando de un copo de espuma, entre el coro fabuloso de las ninfas y los tritones. Píntame como á ella, engalanada con las perlas con que las es-

posas de los sátrapas entretejen sus cabel-
ras; con sus labios rojos, como la savia que
enciende la vida de las rosas; con su rostro
luminoso, como un lirio que se colora bajo
la caricia de la Aurora!

APOLODORO

¿No quieres que coloque sobre tus sienes el
casco refulgente donde brilla la centellante
aureola de Minerva? ¿No quieres que encierre
tu busto en la coraza de mil escamas, donde
se estrellan las asechanzas y la ignorancia de
los hombres?

¿No quieres que sobre tu frente blanca co-
mo una Luna, haya un copo de luz tomado
al Alba?

LA DONCELLA

¡No!—Quisiera ser Diana anhelante bajo las
frías bóvedas de las frondas á la espera de la
presa que viene á abrevarse en el seno de pla-
ta de un manantial. Quisiera verme estampa-
da allí, entre el iris de tus colores con mi
figura juvenil desnuda, confundiéndose bajo
los toques de tu pincel la pureza de mi carne
con la pureza de tu genio.

APOLODORO

¿No quieres que haga surgir el día en tus
pupilas, al colocarte sobre la nube de Juno?—

¿No quieres verte entre lo azul, con tus vestiduras flotantes sostenidas por céfiros alados que tañen entre sus manos liras de pétalos de azucenas?

¿No quieres ver ante tí reunida la falange fulgurante de los Dioses?

LA DONCELLA

¡Nó!—Píntame como á la estrella, vagando entre la noche, con su cabellera de rayos reflejándose en la nieve de las lejanas cordilleras. Envuelve mi cuerpo en el rojo cendal de los cometas y pónme despues sobre un ampo de sombra para que mis formas tracen sus líneas onduladas sobre la noche profunda que crearon tus colores.

APOLODORO

¿No quieres ser la vestal vestida de lino con los cabellos aprisionadós en el arco de oro fino de Arabia? ¿No quieres verte encendiendo el fuego virginal ante el plinto de la Diosa velada, solo tocada por tus manos? ¿No quieres calzar la argentada sandalia bajo tus piés cuidados por cien esclavas y perfumados en esencia de acacias?

LA DONCELLA

¡Nó! — Quiero renacer en las curvas de tu pincel, como la ondina en el seno de una gruta, coronada de vides, deslizándose por entre

el alabastro de las estalactitas. Quisiera verme con el cuello rodeado de guijarros encarnados y mis cabellos engarzando los esplendentes ópalos de los nenúfares.

APOLODORO

¿No quieres ser Ceres con la corona de mieses y los pechos despidiendo raudales inagotables de la leche de las uvas? ¿No quieres verte en la eterna Primavera haciendo surgir á tu paso nubes deslumbrantes de luciérnagas y de mariposas? ¿No quieres vestir un traje de rocío y llevar entre tus manos el cetro del arado?

LA DONCELLA

¡Nó! Píntame en un jardín azul donde las fuentes despidan rubíes rojos como la grana de mi boca; donde las pomas sazonadas sean tan gratas al labio como al olfato; donde haya alondras de alas de oro y luceros que vaguen como libélulas!

APOLODORO

Te crearé como tú quieras. Tú serás Venus, tú serás la ondina, tú serás la estrella. A tu lado el esposo cantará á tu oído las cadencias de los tálamos nupciales y una Gracia gentil bordará en la orla de tu manto la frase delicada de los primeros amores.

Mira como naces bajo mi impulso. Contémplate en tu casta belleza. Besa esos labios húmedos que son tus lábios; recreáte en esos ojos azules como una onda del Egeo, que son tus ojos; en ese cuerpo de durezas incitantes, que es tu cuerpo; en esa cabellera como una nube de rayos de sol cayendo sobre una ánfora de hojas de rosa!

¡Mira como surges del azur, del carmín, y de la blancura de nieve de mi pintura! Tú estás ahí, eterna como los senos fecundos de las montañas; grande con la grandeza de lo inmenso.

Tú has salido ya del polvo y sobre el bronce de esa plancha, tienes una gota de la esencia de mi inmortalidad!



NARCISO

.



Una gran selva, Claridades de sol se filtran por el ramaje y penden gasas de oro en el borde de los nidos. Un manantial corre silencioso haciendo estremecer los tallos de las margaritas al pasar. Narciso se contempla en las vislumbres de la linfa. Bajo un inmenso cedro, un fauno lo mira tendido sobre la yerba con sus manos apoyadas en sus barbas de cerdas erizadas. Una driada despeina sus bucles de oro que se enroscan como pétalos aurinos, sus brazos se extienden hácia Narciso y en sus labios vibra el arrullo de una queja.

LA DRIADA

Abre los labios y pronuncia la palabra que suena al oído con dulzuras ignotas. Fija tus ojos en los míos, tus ojos grandes y luminosos, tus ojos azules teñidos en el obscuro zafir que pinta el cauce de una vena. Sonríe con la

fuerte sonrisa del deseo, y que tu cuerpo sea á mi cuerpo, lo que dos rosas hermanas son sobre el mismo tallo en la conjunción sonrosada de sus pétalos.

NARCISO

Tu rostro es bello, esplendoroso y dulce. Tu cuerpo casto y magníficamente ondulado se extremece, como una gota de rocío sobre la seda verde de una hoja. Tu cabellera es una noche con una constelación de lirios. Pero tus frases no llegan hasta mí con rumores de besos que estremecen.

EL FAUNO

La primera palabra de Zeus fué una palabra de amor.

LA DRIADA

Bajo la cubierta de la carne existe el corazón; y entre sus tibias y palpitantes paredes hay un gérmen que los ojos femeninos encienden con una chispa de luz. Y cuando él abre su flor candente dentro del alma, en el alvéolo del pecho resuenan cantos, risas, sollozos, frases vagas, ténues, incomprensibles, que vuelan con plumaje de llamas ó con alas de libélulas.

NARCISO

Yó llegué hasta el palacio del Amor. Yó

contemplé la gran guardia de los encantos armados con varas de azucenas. Yó he visto mil mujeres, con semilla divina entre la sangre, que me llamaban con sus ojos, con sus bocas y con sus manos, convidándome al reposo bajo los pinos poblados de cantos y de nidos.

Y sin embargo, mi alma permanecía fría como el alma en reposo de un cadaver!

LA DRIADA

Para amar, es preciso querer amar. Deja que me acerque y te cantaré al oído el aire con que el viejo Pan enamora á las sirenas cuando descubre en las penumbras llenas de frescura, los secretos olímpicos de la belleza.

NARCISO

¡Que tus labios sean carne de granito! ¿No ves cómo se refleja mi rostro en la tersura de la linfa?

EL FAUNO

Los dioses y los hombres fueron creados para amar. Nadie puede esquivar la flecha de diamantes con plumaje de astros. La púrpura de Cupido es la púrpura de Aurora y de Ocaso.

NARCISO

Mi amor es mío. ¿Acaso no soy el hijo mayor de la Belleza? En el seno de mi madre las Gracias me modelaron. Cuando me aduermo en el jardín azul de los luceros y mi torso se destaca cerca del lecho centelleante de la Madre Venus, los Dioses palidecen de envidia al contemplarme desde sus tronos de nubes fulgurantes.

EL FAUNO

Acércate á las jóvenes sin mancha, y diles la palabra que hace estallar en melodías todas, las fibras del cuerpo. La gloria suprema del hombre son los hijos. Toda la grandeza humana está concentrada en las entrañas de una mujer. En cada vientre de madre hay mil gérmenes, desde el eterno del laurel, hasta el rojo del puñal.

NARCISO

Yo soy aquel que nació para amarse á sí mismo. No hay mayor nobleza que la nobleza que se desprende de mi figura; no hay hermosura mejor que ésta que vive en mi rostro, en mi rostro delicado y gentil que lava la noche con gotas de rocío recojidas en ánforas de adelfas y enjuga la mañana con el gran paño de los rayos del Sol.

LA DRIADA

Tu labio callaría, si te dejaras cubrir con el manto de mi cabellera. ¿No has escuchado nunca sobre tu carne la vibración de un beso?

NARCISO

Cuando quiero sentir esa caricia, voy á que me besen los labios de espuma de mi madre.

EL FAUNO

Fecunda á la mujer. De su amor todo te habla: la nube que besa á la nube, el lucero que ama al lucero perdido en los confines del espacio, la burbuja que se funde en la burbuja toda vestida de iris, la ola que sigue cadenciosamente á la ola, las caricias del mar sobre las suavidades de las playas.....

Todo ello es apenas un remedo del amor humano. Cuando veo caminar á los donceles hácia la pompa umbría de las selvas, mis ojos relampaguean y mi flauta toca alegremente una extraña cantata.

LA DRIADA

¡Narciso, ámame!

NARCISO

Yó no nací para admirar las carnes que florecen sobre los cuerpos en que sueñan los

silenos. Yó debo permanecer puro, con la dulce pureza de los vestales.

LA DRIADA

Clava tus ojos en mis ojos y dime: ¿no ¿sientes en tus nervios una cadencia?

NARCISO

Cuando tú me miras sólo entreveo la calma, fría y húmeda del sepulcro.

EL FAUNO

Quien injuria al amor, se injuria á sí mismo. Tus canas blancas solo recojerán reprobio. ¡El macho de una bestia es más noble que tú!

NARCISO

Mira cómo sonrien mis labios; ¿no parecen una flor que se entreabre? Mira cómo se encrespan mis cabellos; ¿no semejan mil ondas de espuma? ¡Quiero morir contemplándome sobre el escudo brillante de los mares!

.....

Y desde lo alto miran dulcemente los ojos azules de Leda. Mas arriba, centellean las pupilas de Zeus incendiadas en ira.



VENUS ANCIANA

.



Una selva. Es la tarde.— Hay rumores que llegan suavemente á adormirse en la penumbra. Una bandada de ninfas tñen con pinceladas de aurora la esmeralda de la verdura. Sus labios se entreabren en sonrisas vagorosas que brotan calladas, como la linfa en que mojan el plé diminuto de palideces de ambar ó de tintes de alborada. Venus anciana, bajo el dosel de una palmera, sostiene en su regazo á Endimión semi-adormido. Su rubia cabellera parece un girón desprendido de la túnica de la mañana. Sus ojos se entornan con celosías de rosa y oro. Un cordero á su lado, asemeja un olvidado crespón de la neblina. Luz ténue que presagia la llegada del crepúsculo, se filtra por el ramaje y pende tules de plata muerta, desde las ramas venerables de los cedros.

VENUS

Voy á adormirte con mis frases. Quiero que la pasión haga surjir en mi boca el raudal de la palabra, ese raudal que tiene el encanto del

matiz, el encanto del sonido y el encanto de la frescura que hace revivir las fuerzas en el cuerpo y las energías en el alma.

ENDIMIÓN

Lentamente caen mis párpados y mi sueño va á ser azul como una onda.

VENUS

Duerme! Que aquel que duerme olvida y el olvido es una carta prebenda de los Dioses. Cuando se sueña, las flores de las ilusiones se entreabren vagorosamente en el corazón. Que tus párpados caigan dulcemente como un velo y que la casta ninfa que preside el sueño de los donceles te resguarde bajo su tienda matizada de rosa!

ENDIMIÓN

El sueño huye cuando tú me hablas. ¡Oh Diosa! dime: ¿por qué es que ayer al besarme, tus dientes se clavaron en mi carne hasta que tus labios se mojaron con una gota de sangre?

VENUS

Porque mi vejéz es dulce ante tu juventud, porque tu carne blanca y tersa enciende la sed del ansia en mi boca; porque debía aplacarla en el manantial bullente de tus venas.

Mi cabellera es alba, pero mi pasión es roja.

ENDIMIÓN

Tus palabras queman ¿Acaso no he sido para tí suave como el linó y manso como los corderos?

VENUS

Mi pasión vive en mi sér como la vida que todo lo anima existe en la intangibilidad de Zeus, para desprenderse en copos ardientes que encienden en la noche el parpadeo de los luceros y caldean en el día el gran escudo del Sol. Ella necesita manifestarse como la savia en la planta, como la ola en la playa, como la llama en la hoguera. Yo te calcinaría con mis besos para después hacerte renacer de tus cenizas y cien veces volver á calcinarte!

ENDIMIÓN

Pon tu mano sobre mi corazón; ¿no sientes cómo late dulcemente?

VENUS

Yo lo siento agitarse brevemente bajo la piel de mi mano. Parece que quisiera reposar. Déjalo que se aduerma para que en la noche, cuando mis brazos se enlacen á tus brazos, yo sienta sus latidos fuertes, muy fuertes, como el pomo de una espada golpeando sobre un escudo.

ENDIMIÓN

Las doncellas me buscaron para arrullarme con los ritmos de sus amores. Ante mí antepusieron por ofrenda la belleza de sus cuerpos, el oro de sus arcas, la gallardía de sus espíritus, la luz de sus miradas; pero ninguna ha llegado hasta mí como tú has llegado, deshojando en una hora toda la flor de mi juventud.

VENUS

Es que en los cuerpos hay misteriosas atracciones. Ellos se buscan, se llaman y se confunden. Y en la hora de los rugientes espasmos, el labio estalla en la armonía de los nervios; que vibran como si fueran mil arpas tañidas por el huracán.

Hoy tú eres mío, todo mío! Y yo te amo de una manera tal, que parece que para ello se me hubieran prodigado todos los ardores, todas las melodías, y todos los celos de los hombres y los Dioses!

ENDIMIÓN

Siento que cuando así hablas se estremece profundamente todo mi sér.

VENUS

De igual manera se estremecen las constelaciones á la caricia de la sombra.

ENDIMIÓN

Soy todo tuyo. En tus manos no valgo más que la pasta que se modela ó el bloque que se desbasta. Tú puedes hacer de mí lo que quieras, un paria ó un hijo del laurel; un ilota ó un favorito de la fama; lo diminutamente pequeño, ó lo inconmensurablemente grande.

VENUS

Tú eres la carne, yo soy el alma. Yo con mis caricias te aduerto, con mi pasión te despierto; yo hago sonar tu cuerpo como un sistro, ó lo hago callar como una tumba. Te enloquecería con mis caricias, para después aspirar el perfume de tu sangre al rasgarte el pecho con un puñal, y tú morirías sonriendo.

ENDIMIÓN

¡Mira como en mis labios se cuaja esa sonrisa! Bésame ardiente, muy ardientemente, y hiéreme después, que yo moriré cantando una extraña canción que tenga el acorde del trueno y el arpejo de la brisa.

VENUS

Duerme hasta que Apolo se recueste sobre el blando lecho de los mares. Muy pronto las estrellas hablarán de nuestros amores con sus lenguas de plata.

ENDIMIÓN

Ponme bien sobre tu regazo, que quiero sentir bajo mi nuca el vaho tibio de tu carne.

Y en lo alto del cedro dos alondras tarareaban una canción de amor entrelazando sus alas sobre el borde de un nido. Y á lo lejos, en el horizonte, las olas confundían sus torsos en un rugiente connubio.



HOLOCAUSTO

•



El dolmen de grano pentélico donde se celebraban los sumos sacrificios. A su alrededor, todo un oleaje de hojas de rosa con espumas de lirios y burbujas de jazmines. Los sacerdotes forman ancho círculo á su alrededor, y sus canas brillan venerables bajo la cinta de oro bruñido que se ciñen en sus frentes. Sus anchas clámidas caen en pliegues de levísima forma, tal como si la trama del tejido hubiera sido urdida con filamentos de bruma. Tras de ellos, una gran multitud con rumores de invocaciones en el labio. Más allí, y entre una penumbra llena de calma augusta, el coro de vestales se destaca como una gran pincelada blanca.

Agamenón se acerca, vacilándole el cuerpo en su marcha. El dolor pinta su obscura palidez sobre su rostro. Ifigenia viene tras de él, coronada de rosas, con las mejillas encubiertas bajo el velo diamantino de las lágrimas.

IFIGENIA

Ya siento dentro de mí la frialdad horrible de los descansos eternos. Ya siento sobre mí

frente la caricia llena de tibieza de la Pálida, de la que seca en el Otoño la savia de las hojas y hace acallar en el Estío el canto cristalino de los torrentes. Voy á morir cuando Flora tenía para mí el himno rumoroso de sus céfiros.

AGAMENÓN

Yo te engendré para que fueras fuerte como una roca. Alza la frente y recibe el rayo que te hiere sin que se apague la aureola azul de tus miradas.

EL SACERDOTE

Tu sacrificio será grato á la Diosa que vaga en la penumbra de las selvas. Sobre tus cenizas alzarán los rosales sus pomposas constelaciones, y en el sueño de la tarde las alondras cantarán entre sus gajos el dulce himno de tu breve historia.

IFIGENIA

La vida es dulce, con dulzuras ignoradas, cuando se siente correr entre las venas el caudal bullente de la sangre que quema el corazón. Quiero vivir, porque la vida es bella; porque siento en la noche, en las horas de la vigilia, besos tibios, perfumados, silenciosos, que se acercan á mi tez y la encienden; que caen sobre mi pecho y lo estremecen; y esos besos no brotan de un labio que se acerca to-

do lleno de suavidad y de deseo, sino que vienen de lo desconocido, como si una palabra dulce y rimada llegara hasta mí en las alas de un divino crepúsculo, para envolverme en una rara é intensa caricia.

EL SACERDOTE

Bello es morir cuando no se tienen penas en el alma. Seca tus lágrimas y que tu manto caiga ante la magestad de la Diosa, para presentar el seno cuajado de encantos, como una ópima prebenda.

IFIGENIA

¿Por qué morir cuando la Aurora ríe bella y grandiosa presagiando el sol? ¿Por qué morir cuando el alba tiene besos radiosos de su blanca luz? ¿Por qué morir cuando en mi pecho siento una ancha hoguera devorante arder, que crece y crece y en el Oriente enciende flores de soles en un brillante azul?

AGAMENÓN

Inclina tu cabeza, descíñe la cabellera, y presenta el cuello en que ha de hundirse el hierro sagrado purificado por la sangre de los corderos. Ello es preciso; mis barcos con las proas enclavadas hacia el Sud aguardan la hora en que han de lanzarse como caballos desbocados por la pista centelleante de las ondas.

EL SACERDOTE

¡Mujer, no llores! Cae sin ruido, como un lirio que se troncha.

IFIGENIA

Mis cabellos son aún rubios y sus cambiantes deslumbran. Mi talle es grácil y fino, con la finura de una leve columna; movable, con la movilidad esquivada de una ola. Mis labios recién florecen en la promesa del beso, y mis pupilas se entornan á la caricia vaga de un ensueño....

EL SACERDOTE

El amor es sólo una hora en la vida. Tras de él, está amargo é implacable el Dolor con su vaso de hieles.

IFIGENIA

Á amar todo me convida, y yo sueño en amar— ¿Acaso no es el amor el iris que todo lo tornasola? Cuando las margaritas agonizan en el invierno mis ojos se llenan de lágrimas, y cantando una canción melancólica, voy por los campos y las recojo en la orla de mi manto, para que tengan una tibia y suave tumba en la piel sonrosada de mi mano.

AGAMENÓN

Yo recojeré tus cenizas, y ellas revivirán bajo mis besos.

EL SACERDOTE

Tu cuerpo descansará bajo una gran acacia
en flor.

IFIGENIA

Deja que viva. Yo existiré para amarte, y
cuando tu cabellera esté blanca vivirás en
una vida endulzada por la miel que se derrama-
rá de la boca de mis hijos, en tanto que yo
pronunciaré en tus oídos las frases en que se
relaten tus homéricas hazañas.

EL SACERDOTE

Regaremos tu tumba con sangre tibia y
llena de vahos de vida, día á día, cuando la
víctima caiga, en el instante en que el sol mi-
ra de frente desde la cúspide del cénit.

IFIGENIA

Quiero vivir eternamente bajo la caricia
temblorosa de un abrazo.

EL SACERDOTE

Sobre tu corazón se extenderán las raíces
de los laureles, y ellas te envolverán en el espe-
so manto de sus mil tentáculos. Baja la cabe-
za, que la piedra luce tersa como una luna, y
ya de todos los labios se escapa la primera
frase del cántico con que ha de celebrarse tu

holocausto. Cae, pero tumbate con la grandeza de una montaña que se derrumba!

IFIGENIA

Ya oigo á la distancia los cánticos de las vestales que anuncian el comienzo de mis exequias. Y en tanto aún mi seno palpita suavemente.

LAS VESTALES

La sangre es la promesa de todas las victorias.

IFIGENIA

Los muros del templo se rasgan y columbro desde aquí un inmenso miraje. Veo á lo lejos un hogar todo lleno de luz y de perfumes; un vago murmullo de palabras argentinas vuela por el ambiente; el fuego arde en los tripodes áureos ante los dioses benevolentes; las alondras cuchichean entre las ramas de los robles, y bajo de ellos, un ejército de pimpollos agitan sus lanzas y sus pompones...

EL SACERDOTE

Alza tus ojos hacia la Diosa y ofrécete llena de pureza y de ingenuidad. ¡Invoca, con la palabra dulce como un acorde!

AGAMENÓN

¡Hija, obedece!

LAS VESTALES

Las vírgenes que mueren se cubren de sonrisas,
Y vuelan sus suspiros en alas de las brisas.

EL SACERDOTE

El fuego agoniza lentamente. Abre tus pupilas
y llénate de luz.

LAS VESTALES

Y sangre es un Ocaso y sangre es una Aurora,
De sangre al medio día la rosa se colora.

IFIGENIA

No moriré, porque siento un algo grande
que me impulsa á vivir. Parece que caminara
sobre una nube y que sobre mi frente cayera
un inconmensurable velo de estrellas.

LAS VESTALES

Las vírgenes que mueren se duermen en la calma,
Y sobre sus cenizas se agita verde palma.

Y antes de que la espuma de
los lirios se tiñera de púrpura,
Ifigenia bogaba hacia Occidente
sobre el tireme de plata de la
media luna, por el mar de zafir
de lo infinito.



Índice

	<u>PÁG.</u>
ORFEO.. .. .	9
SAFO	17
FIDIAS	21
TIRTEO	31
APÓLODORO.....	37
NARCISO.....	45
VENUS ANCIANA.....	53
HOLOCAUSTO	61

